

PADRES DE ADOLESCENTES

Suspensos, rebeldía, drogas... ¿Qué hacer?

Ignacio Sancho R.
Proyecto Joven. Burgos.

“Nuestra hija ya no es la misma; desde hace año y medio sale con un grupo de chicos y chicas que no nos gusta nada; cada día va de mal en peor... En el fondo es muy buena chica, pero muy influenciable por las compañías; ahora, hasta se ha vuelto agresiva y sus contestaciones nos dejan perplejos...”

Mi marido y yo estamos empezando a tener miedo porque si le decimos un NO, nos amenaza con irse de casa... Además, este curso ha dejado siete asignaturas cuando hasta hace dos años sacaba unas notas estupendas. Y por si fuera poco, hace unos días, revisando su habitación la encontramos unos “papelillos” de fumar y algo parecido al chocolate. Luego, nos enteramos que es algo para hacerse porros. Nosotros no la hemos dicho nada de esto y la verdad es que estamos angustiados y sin saber qué hacer. El ambiente en casa es insostenible; todos estamos nerviosos y hasta mi marido y yo, sin darnos cuenta, nos ponemos a discutir...”

Este es el motivo de una de tantas llamadas por el que una madre se puso en contacto con Proyecto Joven. Puede ser un caso bastante representativo de no pocas familias de nuestra ciudad y provincia. Y cuando hablamos de familias nos referimos de igual modo a las que están constituidas por un matrimonio, a las familias monoparentales, a las familias de padres separados, divorciados, madres solteras, familias formadas desde la interculturalidad, etc.

Proyecto Joven es un programa de prevención y a él acuden padres que han tenido la valentía de llamar y pedir ayuda; padres que han demorado la llamada, pensando que el tiempo arreglaría las cosas; padres que miraban pero no querían ver ni menos aceptar su realidad, pues pensaban que eso no les podía pasar a ellos; padres desesperados a los que les rondaban continuamente en la cabeza preguntas como ¿qué hemos hecho mal para llegar a esto?, ¿hemos fracasado con nuestro hijo?, ¿habrá remedio?. Etc.

Cuando vivimos este tipo de situaciones o simplemente nos encontramos con dudas y dificultades serias para llevar adecuadamente la tarea educativa con los hijos, es natural y humano sentir cansancio y hasta ganas de “tirar la toalla”. Pero seamos realistas; es mucho lo que hay en juego. Por eso, es conveniente pararse, tomarnos nuestro tiempo para reflexionar con calma y adoptar medidas no tanto con impulsividad, sino con racionalidad y madurez que como adultos nos debe caracterizar.

Estamos seguros que como padres han tratado de educar y llevar a sus hijos por el camino más correcto y que al encontrarse con ésta o similares situaciones posiblemente sientan remordimiento y algo de culpa. Cuando la situación llega ya a cotas altas e inmanejables por nosotros mismos es fundamental saber pedir ayuda, recurrir a alguien. Todo lo que sigamos intentando por nosotros mismos será, posiblemente, una manera más de acrecentar el problema. Los expertos en terapia sistémica hablan de cómo las soluciones intentadas y no resueltas dan como resultado un mayor agravamiento, transformando el problema o dificultad inicial en un verdadero conflicto que posteriormente acarreará peores consecuencias. Y ahí sí que estamos, como vulgarmente se dice, “con la soga al cuello”. En lo que no funciona, no hay que insistir. Por eso, saber pedir ayuda es un gesto de humildad pero a la vez de una inmensa valentía para quien y quienes lo hacen. Es, por utilizar un símil aeronáutico - ahora que en Burgos podemos disfrutar de este servicio - como decidirse a llevar el avión al hangar para revisar motores, tren de aterrizaje, cuadro de mandos, etc. y ponerle de nuevo en la pista de despegue. A veces las familias necesitamos pasar por el hangar...

Suele suceder, que con el tiempo, este tipo de problemas ocupan el centro de la familia y de nuestro vivir diario. En estas circunstancias no hay nada que pueda causar más daño que los reproches y las acusaciones mutuas. En nuestro lenguaje castellano eso se llama: “echar más leña al fuego”. Pues bien, pedir ayuda puede ser el primer paso de un camino por andar y en el que se irán viendo pequeñas luces de esperanza que, con la propia colaboración y la orientación recibida, ayudarán a afrontar la situación y cambiar aquello que esté a nuestro alcance. No dudamos que esto repercutirá de alguna manera en el ambiente familiar y por consiguiente en los adolescentes. Nos agradecería mucho contar con recetas mágicas y eficaces, pero lamentablemente, para este tipo de problemas no existen. No obstante, hay salidas u opciones que están a nuestro alcance y que dependen fundamentalmente de nosotros.

Que un adolescente manifieste conductas como las del caso con el que comenzamos este artículo puede ser debido a muchos factores. Saber cuál de ellos es el principal de todos es posible que no nos solucione el problema; registrar a los hijos y tener toda la información sobre lo que hacen, con quiénes van y adonde van no nos solucionan las cosas; en ocasiones por querer saber todo, es posible que nos juguemos su confianza, base fundamental del diálogo y de la comunicación; tampoco lo solucionará saber mucho de drogas pues por este mero hecho no quiere decir que con ello sepamos actuar y ayudar a que los adolescentes no las consuman. Esto no significa que no nos interese y ocupemos en conocer y saber sus efectos y riesgos.

El problema de fondo, generalmente, no son los suspensos, la rebeldía o que los adolescentes fumen porros, lo cual no deja de ser preocupante. Estos son, habitualmente, síntomas de que hay algo en su vida que no anda bien y que tratan de buscar soluciones en aquellas salidas que resultan fáciles. No hay que olvidar algo que ya sabemos y que es básico y fundamental: los adolescentes no son adultos ni deben comportarse como adultos; no son niños ni deben comportarse como niños; son hijos de nuestro tiempo y de nuestra sociedad en la que lo fácil y lo cómodo se convierte en modelo y patrón de conducta.

Desde nuestra experiencia profesional podemos afirmar que las soluciones a este tipo de situaciones existen... y pasan por preocuparnos de los hijos, dialogar y compartir más con ellos, valorar sus esfuerzos, trabajar su autoestima; pasan por ayudarles a ser críticos con los demás, con lo que les rodea y consigo mismos; pasan por saber decir un “NO” o un “SI” y mantenerse en él sin ceder a los chantajes; por respetar y no invadir su intimidad; por ayudarles a tomar sus propias decisiones y a asumir sus propias responsabilidades; pasan por acompañarles a tolerar la frustración que naturalmente supone no poder tener y disfrutar de todo lo que apetece en el momento; en fin, pasan por encomendarles tareas de responsabilidad adecuadas a su edad y capacidad, valorando sus esfuerzos aunque los resultados nos gustaría que fueran mejores. Para llevar esto adelante - estaremos todos de acuerdo - se necesita una gran dosis de paciencia y de constancia.

Creemos que esto es algo fundamental en la educación de los hijos y una de las formas más eficientes y eficaces de prevenir consumos de drogas y otras conductas conflictivas que pueden darse en la etapa de la adolescencia. Tal vez alguna idea, frase o párrafo de este artículo haya llamado la atención y pueda haber hecho pensar o generar algún sentimiento... Si así ha sido, nos damos por satisfechos porque este era en el fondo nuestro propósito: invitar a los padres a reflexionar sobre cómo son las relaciones con sus hijos adolescentes y las posibilidades reales de mejorarlas.